

LAS COVACHAS

Si por acaso, amable lectora, te retiras tarde, de seguro te habrá sorprendido más de una vez ver á un hombre ó á un niño dormido sobre el batiente de una puerta. Arrojado allí como un bulto informe, habrá aparecido á tus ojos como la imagen del sueño desafiando la lluvia, el granizo, el cierzo y la escarcha. Tal espectáculo te habrá producido lástima. ¡Infeliz!, habrás dicho. Y aun si el durmiente era un rapaz de frente despejada, ó una niña de rubias gudejas, no habrás podido menos de murmurar: ¡Pobre golfito!

No es mi propósito hacer con este motivo una disertación sentimental, ni menos un cuadro romántico del género mínimo, con música de Quinito Valverde. Nada: son *golfos*, dropes, que decían en tiempo de Bretón. No hay que pedirles desplantes en quintillas, ni lagrimoteos en tono menor.

¿Ellos qué saben de lirismos cursis, ni de actitudes cómico-gallardas? Ni siquiera han visto *Los dos pilletes*. No les idealicemos. Son sucios, ineducados, rateros si se terciá. Lo que ocurre es que no se les ha enseñado á ser mejores.

Pues bien; esos *golfos* son objeto desde hace mucho tiempo, de una verdadera batida. El sereno, el guardia, el vigilante se acerca, y la escena es siempre la misma.—¡Arza! ¡Arre allá! ¡A levantarse!—¡No me pegue usted!—gimotea el hombre, el muchacho ó la anciana. (¡También hay ancianas!)—¡Largo de aquí, granuja! Dos ó tres empujones, y el guardia vase satisfecho. Como los héroes de las Termópilas, ha cumplido con su deber.

Desperézase el drope, y, mostrando sus pies descalzos, corre como un cervato hasta el próximo jar dinillo. Allí se tiende sobre un banco á gozar, contemplando el cielo, el placer de Ruskin. Al cabo de media hora, he aquí que sobreviene el guarda, empleando, como es consiguiente, las mejores formas.—¡Ladrón! ¿Quiéres *ahuecar*?—Y vuelta á gruñir, á desperezarse y á correr en busca de otro refugio.—Pero ¿qué es esto?—preguntará más de un filántropo.—¿No tiene casa ese infeliz?—No, señor; no la tiene.—¿Es que no hay asilos?—¡Ya lo creo!

Como que en otras partes hay quien vive de eso: de fundar y sostener asilos. Sino que los pobres unas veces no pueden y otras no quieren entrar. ¡Qué malos son los pobres! Caridad sí que sobra. Lo que falta es justicia.—¿Y por qué no trabajan?—Eso pregunto yo: ¿Por qué no trabajan los niños de seis años y las ancianas de setenta?

En fin, que las puertas están perdidas y que no le dejan á uno dormir. Pues ¡ea!, ¡á los desmontes! Y allí van dos mil criaturas: á los desmontes. Hay allí covachas relativamente confortables y, apretándose un poco, no se pasa del todo mal. La mayor parte de estos alcázares radican en puntos conocidos: la montaña del Príncipe Pío, el viejo cerrillo de San Blas, las trincheras de Méndez Alvaro, los altos de San Isidro, las cortaduras á pico, fronteras á la Cárcel Modelo. Allí descansa el hampa; allí arrostra el horror de la sombra; allí cambia, por un poco de sueño, la virtud, el pudor y la salud misma.

Las autoridades han comprendido que eso no puede seguir así, y no pudiendo facilitar camas á toda esa gente, han resuelto destruir las covachas. Ahora veremos lo que hacen las tribus. Es de suponer que de esos *golfos*, unos morirán de hambre ó de sueño, ó á palos ó á patadas; serán los

más felices. Otros serán conducidos por *tránsitos* á su pueblo. ¡Una bicoca! Noventa leguas por carretera, animados por la piadosa guardia civil. Otros, en fin, pararán en la cárcel. ¿No es ese su destino?

No sé por qué viene á mi memoria la historia de Pachí. Es decir, yo no sé si se llamaba Pachí. Los periódicos lo han contado con escultural laconismo. Yo ni quito ni pongo, ni siquiera pienso solicitar privilegio, ni escribir al pie de esta *Crónica*, como cuando tenía quince años y algunas ilusiones más. *Prohibida la reproducción.*

Pachí contaba ocho Diciembres; para él nunca hubo Abriles. Familia.. su familia era aquella: la del desmonte. Después de un día entero de mendigar, de subir maletones de la estación, de recoger colillas para vendérselas al tío Gorete y de recibir coscorrones de los representantes del orden se recogía en los desmontes de la Cárcel Modelo. Allí se guarecía bien ó mal entre el húmedo regazo de la tierra, no sin recibir unos cuantos golpes cariñosos de sus compañeros de mina y de aquellas mujeres que no eran precisamente las de Mallarmé. Llorar... ¿para qué? Si hubiera tenido una madre... entonces, sí hubiera llorado y escondido su enmarañada cabeza, azotada de la lluvia y abrasada del sol, entre los tibios

pliegues de su falda amorosa. Pero no la tenía; estaba solo; podía volar libre como la alondra y el pardillo. Por la noche, después de abrir algunas portezuelas á la puerta de *la Comedia*, corría á comprar un panecillo caliente y emprendía corriendo la caminata devorando con ansia aquel blando y curruscante trozo de pan. Y, después, á dormir frente á aquel edificio tan grande y tan hermoso que, á lo mejor, lanzaba melancólico sonido de cornetas. ¡Qué bien se debía estar allí adentro!

Pero un día, por nada, porque sí, se encontró con que un guardia le detuvo. Se trataba de un hurto, y en la duda le hicieron pasar por el rastrillo. ¡Qué grande era aquello! Le dieron desde aquel día rancho caliente; se sentaba en la escuela con otros *micos* (así les llamaban), y un señor cariñoso le enseñaba las letras, que él aprendía con codicia. Si; quería leer para ser algo más que un *golfo*, para no dormir en aquellas inmundas covachas de enfrente, para escribir un día á su madre, si averiguaba su paradero. Luego tenía un hermoso taller, y allí creyó encontrarse más grande y más bueno cuando aprendió á manejar la garlopa. Después jugaba con otros de su edad, y, por la noche, dormía él solo en una especie de cama blanda que le hacía olvidar

las duras piedras de las covachas de la dropería.

Y un día, cuando más satisfecho se hallaba, le echaron á la calle. ¿Por qué? Se rebeló su instinto. El no quería irse. Lloró, pateó, mordió. Se agarraba á los bancos, á las mesas de su querida escuela, á los barrotes de las rejas de su amado taller. Hubo que arrancarle de allí como á un avaro de su tesoro. Y allí quedó, á la puerta, mirando aquella casa hospitalaria donde había comido y dormido y despertado su cerebro á la luz. Veinte noches volvió á dormirar al pie de aquellos muros. Después, nadie ha vuelto á saber de Pachí.

¿Volvio á los desmontes? ¿Emigró? ¿Murió? Nadie pudo saberlo.

¡Pobre Pachí! Su historia es verdadera. Tal vez hubiera sido un buen ciudadano; de seguro un ser inteligente y feliz.

Ahora, cuando desaparezcan las covachas, veremos á donde se dirigen todos esos hambrientos, todos esos niños, todas esas ancianas, espuma de una organización corrompida y de una sociedad que lleva oculto en su dolorido seno el miserable germen que le ha de matar.

LA TRAVESURA DEL DIABLO

Ayer por la tarde estuvo en casa un lego franciscano. Como el acontecimiento era inusitado, todos nos disputamos el honor de obsequiarle. Sobre la mesa, cubierta por blanco mantel, apareció *ancha bandeja con tazón chinesco, rebosante de hirviente chocolate*, que diría el viejo Moratín, y al lado del tazón, no ya *agua que serenó barro de Andújar*, sino blanca y azucarada leche, que pudiera dar quince y raya en gusto y nitidez á la del mismo Melibeo. Apuraba el reverendo señor el contenido de la taza, y al par, fijaba los ojos beatíficos en un diario que á su lado y sobre la mesa estaba, cuando dió de pronto un respingo, atragantóse y, tras no pocas congojas y sustos, prorrumpió en esta exclamación que justificaba su profunda sorpresa:

—¡Qué atrocidad, así Dios me perdone!
¡Los cambios á cuarenta y tres!

Quedamos todos silenciosos respetando la indignación del caduco lego, cuando un querubín de cinco años, galardón con que la Naturaleza próvida hace más llevadero nuestro laicismo, y que, á la sazón, andaba á ojeo de las soletas sobrantes, exclamó con el más angelical candor del mundo:

—¿Y eso qué es, señor cura?

—¡Plugiuese á Dios—dijo el interpelado con la boca llena—que órdenes hubiese recibido! Es—añadió—que se acaban los metales preciosos; es que ya no queda sino papel, bronce y aleación de baja plata; es que el diablo quiere deshacer su travesura y no puede.

—¿Qué travesura?—preguntó el chiquillo?

—¿Quieres saberlo? Pues oye y estate quietecito.

Arrellanóse el buen religioso, tosimos todos ligeramente, lo mismo que cuando un buen tenor comienza el *¡O paradisso!* y escuchamos el siguiente relato:

—Ya sabes que Dios hizo el mundo...

—Sí, señor; en seis días. El primero...

—Bien, bien. Celebro tus adelantos; pero no interrumpas.

Como decía, Dios creó el mundo y le hizo unos cimientos, no así como se quiera, sino de oro y de plata. En sus entrañas,

perdidos sus maravillosos reflejos en las sombras de las cavidades subterráneas, en donde se levantan los monstruos de piedra como gigantes megalíticos, donde los hombres no podían lanzar sus codiciosas miradas, porque el suelo es la colosal bóveda de la Estigia, allí se extendía el oro y la plata en filones de incalculable longitud. Era como una red preciosa entretejida al corazón del planeta; era un tesoro inapreciable, sepultado allí, donde no podía llegar á buscarle el martillo pesado de Tubalcaín. Figúrate ríos de oro petrificado, edificios de plata y jaspe capaces de albergar en su seno á naciones enteras, reflejos apagados que, al recibir el ósculo del rey de los astros, hubieran eclipsado las magnificencias de los alcázares de Aladino.

—¡Qué bonito!—interrumpió el chiquitín.

—Todo aquello estaba escondido—siguió el franciscano sin escucharle.—Dios no había querido corromper á los hombres con aquellos tesoros más tentadores que la fruta del bien y del mal. Pero he aquí que una noche Satán escaló la montaña, socavó con sus garras, perforó con sus dientes, hendió con sus cuernos, y, al alumbrar el sol del nuevo día, el oro apareció á la vista del hombre con sus filones apretados y rubios

como trenzas de ondina. Desde entonces el hombre fué malo, sintió en su corazón la feroz mordedura del odio. Caín volvió á salir de su gruta, y sobre aquellos codiciosos torrentes de oro cayó el encendido sudor del minero, y sobre aquellas cascadas de plata se derramó la sangre de los vencidos.

Dios envió el Diluvio; pero Satán inventó la moneda. La moneda áurea con sus genios é hipógrifos alados y sus vigorosos exergos; la moneda, con la cual realizóse la primer venta de la primera traición. Por ella, las madres dejaron á sus hijos y los hermanos abrieron á sus hermanos las dohientes entrañas; por ella, la mujer olvidó su pureza y el hombre su dignidad, y la humanidad endiosada renegó del Eterno. Por doquiera estallaron las guerras y en todas ellas se jugaron aquellos brillantes y tentadores discos con dados de hierro.

—¿Y Dios, qué hizo?—interrumpió de nuevo mi Benjamín.

—Maldijo la serpiente. La maldijo otra vez; pero antes le echó en cara su astucia, su arteria, el descubrimiento de aquellos homicidas metales. Satán, entonces, protestó y se propuso demostrar que no eran las riquezas, sino los hombres, los execrables. Tomó un cuerpo, el de Law, y presentóse

en un pueblo: en Francia. Entonces fué cuando conocieron los hombres el papel moneda.

—¿Los billetes de Banco?

—Los billetes, que representan un valor que no existe; el crédito, representante de una realidad que no es. El dinero fué despreciado; se pasó la medida normal; se *emittieron* millones y millones de aquellos papelillos azules, y la miseria se apoderó de Francia. Fué precisa una revolución como no presenciaron los siglos para lavar aquel error.

—¿Y Francia, quedó pobre?

—No quedó pobre, porque volvió á no hacer más billetes que los que, desde luego, podía pagar. Dios encargó á Satán que hiciera conservar esta medida deshaciendo así su travesura, y Satán consiguió que en todas partes el oro y la plata estuvieran en relación con la riqueza pública. Porque no es el oro, sino la codicia, lo que acarrea la desdicha en el mundo; porque sin la riqueza la vida es imposible, y cuando los hombres no tienen oro y sienten la sed de la codicia, se despedazan por trozos de papel.

Pero cuando el diablo quiso deshacer su mala obra, se encontró con una nación en donde los metales preciosos habían desaparecido; una nación, cada vez más pobre,

cada vez más atormentada, cada vez más triste, pero donde no hubo medio de deshacer el error, porque había alguien en ella mucho más poderoso que el diablo: el Banco de España.

—¿De modo que la travesura no tiene aquí remedio?—preguntó el niño.

—No tanto—siguió el lego.—Porque Satán no pasará de nuevo la Estigia hasta haberla enmendado. Por eso, todas las noches sube al Prado de Trajineros, y, cuando se apaga la luz de los últimos focos eléctricos, araña, araña sin cesar los cimientos del Banco para ver si con su trabajo se derrumba.

—Y, diga usted, ¿se saldrá con la suya?—interrumpió el chiquitín impaciente.

Entonces, echándose atrás el reverendo, cruzó sobre el abdomen las manos regordetas, y dijo elevando la mirada inefable:

—Todo pudiera ser... con la ayuda de Dios.

RAFAGAS DE OTOÑO

En toda capital populosa hay un misterioso jardín, cerrado siempre á piedra y lodo; un verjel de gusto borbónico, que recuerda á Versalles por sus recortados abetos, y á Aranjuez por sus gigantescos álamos. En él se levanta un palacio por cuyos ventanales jamás entra la luz, cuyas persianas nunca se descorren. Por las junturas de sus puertas de enmohecidos goznes, pretenden escudriñar en vano las miradas de los curiosos. El transeunte contempla aquellas verjas sobre cuyas doradas lanzas rebosa un exuberante bosque, mira, á lo sumo, aquellas desiertas umbrías, pasea su mirada por aquellas impostas llenas de polvo y aquellas balaustradas cubiertas de enigmas, y exclama:—¡Qué dichoso debe ser el dueño de esta finca! Como hubiera dicho Alejandro:—¡Quién pudiera dominarte, oh, Tiro!
¿No ha llegado la maga, ó es que ha pa-

sado ya sin tocar con su vara de nácar y cedro aquella vegetación lujuriosa y aquellos esculpidos sillares? ¿No ha venido aún, ó es que no ha pisado con sus blancas sandalias aquellos perfumados paseos, en cuyos bordes florece el jazmín y la clemátida, y en cuyas cercanías entreabre su rayado cáliz el dondiego? Ese musgo, en que centellean las primeras escarchas y que hacen reverdecir las lloviznas de otoño, ¿espera servir de alfombra á un idilio ó llora una elegía trágica? Ese palacio de majestades de alcázar y severidades de monasterio, ¿ha sido edificado para el amor ó para el sacrificio? ¿Es la esperanza ó el recuerdo lo que se alberga dentro de sus muros? Nadie lo sabe.

El misterio parece un acicate. Allí adentro hay quizá escaleras de mármol con pasamanos de ágata, anchas y frías como las que abandonan los reyes y buscan los monjes; hay bustos que sonríen con su mueca de piedra ó miran con sus ojos abiertos sin pupilas á los artesonados, en donde las arañas tejen sus redes, y góticas farolas que nunca han de encenderse, y relojes de esfera de jaspe que han parado su aguja de oro, como indicando la eternidad.

Arriba, traspuesta la arcada, cerca del patio de columnas, hay, sin duda, solitarios salones que muestran en los techos amplí-

simos frescos de Jordán ó de Van der Meulen; lámparas gigantescas de cristal de roca; tapices flamencos, donde bailan las ninfas y las pastoras al són del caramillo ó la flauta melodiosa del fauno. Sobre las puertas blancas, de áureas molduras, se pliegan los cortinajes bordados ó las sederías amarillentas de borlones regios. Más lejos están las galerías de luz cenital, con su doble fila de grupos clásicos y torsos corintios ó con espacios vitrinas con dagas de Milán y arcabuces y artesanías de Florencia. Allí parecen las armaduras, los petos incrustados de Saladino ó los cascos rotundos de Bouillon. Y allí adentro, la medrosa capilla, con su ancha y solitaria nave, su tabernáculo velado por lienzos, su tríptico del Tiépolo y su cripta, en que acaso descansa un cuerpo de mármol sobre otro de polvo. Sobre la figura yacente que cruza sus manos afiladas encima de los mal plegados ropajes, cae un rayo de luz, descompuesto en cambiantes al pasar por la ojiva y filtrarse por los vidrios policromos, donde azota la lluvia con monotonía de rumor de sauces ó el viento en quejumbres de cítaras lejanas de una sola cuerda.

En el jardín, en el ancho tazón de la fuente seca, junto al basamento cercado de plantas silvestres, en que parece haber in-

terrumpido súbitamente su grotesca danza el silvano, ha venido á parar sus giros fantásticos la primera hoja agostada, desde lo alto de la acacia piramidal. Todo se ha estremecido al soplo primero del otoño: las adelfas se han columpiado y vertido su polen, los plátanos han agitado sus ramas, los eucaliptus han doblado sus copas enhiestas. Ha sido un segundo de vida en aquel edén muerto. Después, todo ha vuelto á su quietud solemne. El silvano ha seguido inmóvil, como si esperase un mandato supremo; el manantial ha permanecido mudo; el estanque ha seguido ocultando su limo bajo la capa de algas y briznas; el ambiente ha continuado impregnado de vahos de tierra húmeda; los nardos han mostrado sus pétalos de cera, y los geráneos sus flores bermejas, sin que un solo insecto haya venido á posarse en ellos para agitar sus transparentes alas sobre el metálico coselete.

La melancolía nos impone su yugo; una tristeza dulce y resignada, como en la oda á Quinto Delio, nos domina. Todos tenemos dentro un alcázar, con escaleras claustales que esperan la pisada del héroe, con imperiales cámaras desiertas que atienden á que venga una mano piadosa á encender sus hogares extintos y sus apagadas lámparas de bronce. Todos conservamos un jardín en

que las estatuas están empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado sacúdele á las veces agitando sus ramas y haciendo estallar en ellas suaves acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la eternidad.

La maga no ha venido ó no ha agitado su vara de nácar y cedro; no ha aparecido ó no ha calzado sus blancas sandalias. Vano será el esfuerzo de los curiosos para asomarse á esos jardines, para visitar esos palacios, para escudriñar esas reconditeces del alma humana. En ellas sólo puede ya entrar el viento del otoño con sus frialdades y sus vahos de tierra húmeda. ¡Respeto á lo que ha sido, y paz perdurable y augusta á lo que nunca habrá de ser!

PRINCIPIO DE CURSO

No puedo remediarlo: me encantan los niños. Lo primero... porque no son hombres. Me embelesan cuando, envueltos en batistas y encajes, ó en groseros lienzos, se aferran al pecho de su nurriz, con la tenacidad y el ansia del pajarillo hambriento; deléitanme cuando saltan y palmotean ó lloran y gritan con la inconsciencia y la sinceridad que, poco á poco, habrán de ir perdiendo hasta desembarazarse de su crisálida, hasta aprender á cubrirse con una máscara inflexible; me subyugan cuando esbozan sus primeros pasos, como revuelo de jilguero que aún se recubre con el sedoso plumón del nido, ó cuando se les adereza su primer pantaloncillo corto y charlotean enajenados, mirándose las calzas:—*¡Ya soy hombre!* como luego, de adultos, dirán más de una vez con melancolía:—*¡Yo también fui niño!*